

EL PADRE PANCHITO A LA CASA DEL PADRE Tony Rodríguez y Miguel Albuerne



Cienfuegos, marzo 13.- Las campanas doblan por un hombre al que resulta muy difícil atrapar en letras o palabras, pues él ha sido como un arco-iris que nace de la tierra, sube al cielo y regresa nuevamente a ésta para dejarnos la sensación de que definitivamente se quedará entre nosotros, su pueblo, que siempre lo ha visto como el apóstol de la Misericordia de Dios, y como una gracia inmensa que el Señor nos ha conferido a los cienfuegueros al poder convivir durante tantos años al lado de un santo.

En la misma medida en que la enfermedad empujaba su cuerpo, engrandecía su alma y siempre nos recibía con una sonrisa bienhechora como para darnos a entender que cuando buscamos la gloria de Dios en todo, ni las enfermedades ni la muerte pueden vencernos. El Padre Panchito se fue apagando lentamente y la noche del domingo día ocho, aproximadamente a las diez de esa noche, se extinguió su vida corporal y comenzaba su Pascua de Gloria eterna.

El primer milagro del Padre Panchito, recién comenzada su estancia al lado del Padre Bueno, fue el haber convocado tantas y tan diversas personas a sus exequias. En la medida en que amanecía y se enteraban de su deceso, acudían al templo de la S.I. Catedral espontáneamente mucha gente de pueblo; algunos con flores en sus manos, todos con lágrimas en sus ojos y el agradecimiento en sus corazones para dejarlos como ofrenda al amigo, al sacerdote, al médico, en fin, al Panchito de todos.

La Misa de Cuerpo Presente fue presidida por el obispo de la diócesis, Mons. Domingo Oropesa Lorente y concelebraron el Nuncio Apostólico en Cuba, Mons. Luigi Bonazzi, el obispo de Santa Clara, Mons. Arturo González, el vicario diocesano, Mons. Juan Francisco Vega y el párroco de la S.I. Catedral, Jairo Sierra, asistidos por el diácono José Gómez. Se encontraban presentes miembros del presbiterado diocesano y los Padres, Antonio Rodríguez y Oscar Herrera sj., rector y asesor espiritual del Seminario “San Carlos y San Ambrosio” de La Habana, respectivamente, así como Hermanos y Hermanas de distintas congregaciones religiosas radicadas en la diócesis. El templo se encontraba abarrotado de personas que vinieron a despedir al hombre que pasó por sus vidas haciendo siempre el bien: como sacerdote, como médico, como buen samaritano.

La homilía estuvo a cargo de Mons. Domingo quien habló de su experiencia personal vivida con el Padre Panchito, y de cómo una estrecha relación afectiva surgió entre él y ese hombre de Dios, a partir de sus encuentros en la Casa Sacerdotal “Juan María Vianney”, en los que se puso de manifiesto la paz y mansedumbre de Panchi, con esa su eterna sonrisa, con la que siempre lo recibía. Las ofrendas fueron llevadas por la familia D’Escoubet: Ignacio, su esposa Aidita, sus dos hijas y por Torcuato, quien fuera el “Sancho del Quijote que ya está junto a Dios”, según decir de Mons. Emilio, en un mensaje que escribió en el avión y que envió a Mons. Domingo, desde España y que fue leído por el Padre Jairo al finalizar la Misa.

Mons. Domingo, antes de concluir la Misa, invitó al Nuncio Apostólico y a Mons. Arturo a dirigir unas palabras a la Asamblea. Ambos agradecieron la oportunidad de participar en las honras fúnebres de este sacerdote excepcional que fue el Padre Francisco Agustín Ortiz Muñoz, más conocido por el Padre Panchi, del cual hicieron unas breves semblanzas motivadas de sus experiencias personales con el finado sacerdote.

El P. Jairo leyó algunos de los mensajes recibidos, entre ellos el de Mons. José Ciro González, Obispo Emérito de Pinar del Río, quien en una de sus partes, luego de expresar sus condolencias dice: *“Era mi socio y gran amigo, a él me encomendaré y procuraré seguir sus pasos aunque ya muy tarde, abrazos al señor obispo y todo el clero diocesano.* La Hermana María Luisa García de las RMI (Religiosas de María Inmaculada) desde el extranjero enviaba sus condolencias y en una de sus partes decía: *“En los diez años que el Señor me regaló en Cuba tuve muchas ocasiones de conversar con él y de experimentar la profundidad y la grandeza de su mundo interior. Realmente era una persona de Dios.”*

Unos días antes de su fallecimiento Mons. Emilio había estado junto al Padre Panchito. Razones de su trabajo pastoral lo obligaban a partir hacia Roma y estando ya para abordar el avión supo de la muerte del querido Padre Panchito. En otra de las partes de su citado Mensaje decía: *“Si en el Prado de Cienfuegos se ha colocado la estatua de un hijo de Santa Isabel de las Lajas, la trayectoria de la vida del Padre Panchito bien pudiera perpetuarse—como hijo de Cienfuegos, médico y sacerdote—en la calle Cristina”.* El Padre Emilito, como cariñosamente le decimos, expresó también que desde niño siempre quiso participar en una ceremonia de canonización y así se lo pidió a Dios y que ha tenido la dicha de estar en varias y enfatizó *“pero aún me regaló algo más grande que hoy le agradezco desde las alturas de los aviones: haber convivido 14 años con un santo”.*

Una vez concluida la ceremonia, aún dentro del templo, los Hermanos Novo, trovadores cienfuegueros y amigos cercanos de Panchi, le rindieron tributo con una canción especialmente dedicada a él hace ya varios años; y un coro de jóvenes interpretó una canción de carácter vocacional dedicada al Padre Panchito. Desde horas tempranas de la mañana se había colocado un libro de condolencias a la entrada del templo al que, en ininterrumpida fila, se acercaban diferentes personas, creyentes o no, a expresar su testimonio solidario. Uno de ellos, entre muchos,

escribió: *Panchi, quedas en la memoria agradecida de tu iglesia y de tu pueblo.*

Con el féretro en hombros de sus hermanos presbíteros primero, y de numerosos voluntarios después, el cortejo fúnebre acompañado por una singular marea humana, recorrió la calle Santa Isabel hasta Argüelles, y por ésta hasta la calle Cristina, punto este muy vinculado a la vida de Panchi, pues fue precisamente en una bodega que había en la esquina noroeste, donde sus padres Francisco y María Josefa, el día 11 de julio de 1928, le dieron la bienvenida a Francisco Agustín, su primer hijo, que había sido engendrado en España. Maruja, su otra única hermana, nacería años después en la misma casa familiar adjunta a la bodega que su padre bautizó con el nombre de “La Sobana” apelativo alegórico a la región de España de la que habían emigrado. Fue en este lugar donde Panchito creció rodeado del amor familiar y del cariño de los vecinos del barrio; y luego ejerció su doble función de médico del cuerpo como doctor en medicina y médico del alma como sacerdote, Desde este lugar tan vinculado a la vida de Panchi abordaron los vehículos hasta el cementerio “Tomás Acea”.

Ya en la necrópolis principal de la ciudad Mons. Domingo pronunció el responso y acompañado de los cantos y oraciones de los fieles allí congregados dieron cristiana sepultura a los restos mortales de ese santo cienfueguero, de ese hombre de Dios, de ese profeta de la Misericordia. Que el Padre Panchito, desde la presencia de Dios donde ya se encuentra, nos siga acompañando con su eterna sonrisa y obre por intersección de Nuestro Señor Jesucristo, el milagro de hacer de nuestra iglesia y de nuestro pueblo, un haz de colores diversos pero unidos en la fraternidad; y que, al igual que el arco-iris, una el cielo y la tierra, que es decir, lo humano y lo divino.



*Nosotros Hoy - Segmento noticioso del Sitio WEB de la COCC
Conferencia de Obispos Católicos de Cuba. 2009 ©*

Puede reproducir parcial o totalmente esta información, siempre que cite la fuente original